



Camus o Sartre, de nuevo

Mar Sánchez Muñoz

Todo lo que se le reprocha a Camus es precisamente lo que me gusta. De adolescente creía que los grandes autores y pensadores eran entes ex – nihilo, sin familia, sin historia, sólo procedentes de sus influencias intelectuales anteriores, que evolucionaban en el mundo del espíritu y de la sabiduría. Sin embargo, Camus aportaba el toque humano y personal. De pronto, había un tipo que contaba lo que te pasaba, cuando andábamos enredando en las conversaciones de instituto y manteníamos muy serias convicciones para cambiar el mundo. Había que ser marxista, o troskista, o nietzscheano, o bakuniano, etc. Había que seguir los grandes pensamientos revolucionarios. Yo, en realidad, no entendía gran cosa, pero me hice la lista por amor aunque me pareciera que los radicalismos daban mal rollo.

No pude contar, por lo tanto, que cuando leí *El Extranjero* quise llevarme a Meursault a casa para acunarle, ni que cuando terminé *La Peste* quise darme una larga, larga ducha, quise pegarme una cruz roja en el pecho y descubrí que la bondad y la compasión no eran exclusividad del cristianismo (¡Uf, izquierdismo oblige!). *Calígula* me dejó preocupada. ¿Hasta qué límites podemos darle bola a nuestro racionalismo? ¿Qué parte de ser humano podemos ir dejándonos por el camino en nombre de una convicción o de la prepotencia de las ideas? Y, poco a poco, me fui desligando del *Manifiesto* y de las reuniones clandestinas para cambiar el mundo, en el instituto. A los ojos de mis amigos no me mojaba, típica reacción de chica indecisa y temerosa. Había que estar en un bando u otro, no se permitían los matices. Así es que el blandengue de Camus me legitimaba y me concedía un sitio.

Cuando todos, por aquel entonces, cuestionaban el adoctrinamiento de la escuela laica republicana, yo también consideraba que la escuela me rescataría de la ignorancia, que era el reino de los pobres. En la escuela había libros que no había en casa, había calefacción, íbamos a la ópera, al teatro, al cine, había amigos en el recreo, había juegos y juguetes y había maestros y profes que te descubrían y te empujaban a seguir aprendiendo. Yo, tan agradecida, y luego en la universidad, llega Pink Floyd con "The Wall". Así no se sale de las contradicciones, nena.

Y te pasas la vida buscando un lugar "entre". Procedes de una familia humilde, emigrante y cada paso que das es una traición más a tus orígenes porque vas ocupando un espacio que no es compartible, porque no le entienden y te puede la vergüenza. Sin embargo los tuyos te admiran y acabas ejerciendo de hija de tus padres cuando con 15 años se nos supone estar matándolos. Dos culturas contrapuestas. Saber que Camus se avergonzaba de avergonzarse por ello me redimió y conocer su relación con su familia me reubicó en la normalidad. No eres la única rara. A ese señor le pasa lo mismo. Se puede contar y se puede escribir. Aún así, el camino por la inseguridad de no formar parte de ningún sitio o de los dos sitios a la vez y todo lo contrario es agotador y te pasas la vida pidiendo disculpas o justificándote. Por eso lo de estar en la portería durante el partido de fútbol es un buen plan: me gusta que me dejen en paz, pero no quiero desvincularme del mundo.

Estar entre dos mundos supone también apropiarse de una lengua que no era mía en origen y reapropiarse la lengua materna porque tampoco es exactamente como la que se habla en casa y, ya saben, hay que querer por igual a mamá y a papá. Varié

los acentos y la representación en función del contexto, para que no se notara ni lo uno, ni lo otro. De ahí esa permanente sensación de impostura. Cuando me enteré de que a Camus le aterraba hablar en público y se esforzaba por disimular su acento “pied-noir”, quise tomarme un café con él.

Viví entre el norte gris y lluvioso, organizado, balizado, el de las ideas y el sur luminoso y aromático, desastroso, cutre, el de los sentidos. Y había que resolver la pregunta de: “¿Qué te gusta más? ¿Francia o España?” Otra vez. Papá o mamá. Marx o Bakunin. La Regenta o Mme Bovary. Buñuel o Godard. Velázquez o Manet. Los churros o los croissants. Que no. Que no tiene por qué ser así. Tiene que haber otra forma. ¡Que me dejen en paz!

Que Camus no difundiera ideas filosóficas profundas, me refresca, casi. ¡Tanto sartrismo, bretonismo, tanta intelectualidad alejada de la vida diaria! El que más sabía de ser desfavorecido, no esos pijos normalianos, tuvo el valor de desprenderse de los rollos prosoviéticos, procomunistas y dogmáticos de esa intelligentsia izquierdista elaborada en cerebros burgueses, privilegiados y poco viajados. ¡Qué fácil es crear ideas desde los libros heredados y los pensamientos en boga! Son ideas a partir de ideas que se bordan sobre otras ideas y tejen nuevos conceptos. La razón se va retroalimentando a sí misma y se regodea en el espejo. Podemos volvernos locos. Por eso salió del PC, siendo el más rojo de todos, el que conocía el terreno, la mierda y la miseria de verdad, y no por eso dejó de ser “un homme engagé”. ¡Qué irritante debió ser también para él aguantar tanta condescendencia por parte de esos grandes pensadores de la época! “¡De entre mi madre y la justicia, elijo a mi madre!” Claro, la crisis de Argelia, fuera como fuera, iba a llevarse por delante a los más pobres y a los más desamparados. Además, creo que en aquellos años los grandes cerebros estaban dando la espalda al sur (de los Pirineos), porque había que ser pro o anti soviético. El sur era pobre y explotado, pero parecía que los normalianos estaban entretenidos con otra causa. Y, por ejemplo, la guerra civil española procuró una cierta satisfacción romántica a las izquierdas occidentales. ¿Fascista o antifascista? ¿Capitalista o comunista? ¿Y la descolonización, qué? Los dedos de los hombres sabios apuntaban en otra dirección.

Pero lo divertido es que Sastre se moría de celos por vanidad intelectual y no toleraba la competencia del “pied-noir” del arroyo... sobre todo con las mujeres. Si es que las borracheras y los intercambios de hembras durante las juergas de nuestros grandes pensadores se les iban de las manos, y dicen que las broncas disfrazadas de rigor intelectual eran sonadas. Resulta que Camus, el guapo, se tiraba a las que a Sastre le hubieran gustado (actrices, por ejemplo), y el genio, el feo, se tenía que conformar con churris de segunda fila (alumnas, por ejemplo). Sólo consiguió, que no está mal, manipular a Beauvoir para que no le dejara por el americano y para no estropear la foto tan mediática, ya entonces, de “gran-pareja-influyente-de-la-época”. ¡Cómo una cuestión de rivalidad entre pollas se convirtió en un enfrentamiento / desacuerdo / traición intelectual! Lo que para las chicas dicen que es un ataque uterino, entre chicos es una seria disputa por principios ideológicos.

En fin, ¿Sastre o Camus? Camus, evidentemente. Por el que se atrevió a decir que no a la moda imperante, aún a riesgo de quedarse solo, por procurar ser coherente y defender conceptos tan frikis como la compasión, la bondad, los hombres, la camaradería (¿Existe la camaradería femenina?), etc. Y por guapo, me iría de copas con él. Sartre debía de ser un plasta. ¡Las chicas somos así de superficiales!